

SECRETO PROFESIONAL

El secreto profesional de los periodistas no está regulado en ningún código. Es lo que se llama un caso de desidia legal. Los médicos, los abogados, los confesores te reciben en la consulta, en el bufete o en el confesionario, les cuentas tus cuitas, que si te duele el hipocóndrio, que si has robado un pollo de granja o que si te has acostado con la vecina del quinto izquierda y ellos ponen una cara muy seria, te cobran la minuta o te dan la absolución y se callan. El secreto profesional de estos respetables señores está regulado en la Ley de Enjuiciamiento Civil de finales del siglo pasado, que a su vez es un texto refundido de otra ley muy anterior. Y lo que pasa es que en aquel tiempo ya había médicos, curanderos o sangradores, había picapleitos y pendolistas jurídicos, había curas y buleros, pero no había periodistas. El único, Larra, pero éste ya dijo que escribir era llorar. Sucede que los médicos tienen una clínica llena de aparatos terroríficos y llevan bata blanca almidonada, los abogados tienen un despacho forrado de madera, con una mesa llena de libretos, infolios y protocolos y, además, cuando actúan se ponen una capa negra y un gorro con borlita; los confesores se agazapan en un oscuro quiosco de caoba, te ponen de rodillas y reciben tus pecados con sotana y estola morada. Eso impone mucho. Por eso los legisladores, que también son enfermos, in-

fractores o pecadores, les dedicaron unos artículos. Y hasta hoy.

En cambio, los periodistas se enteran de todo en el café Gijón o reciben las confidencias en cualquier bar tomando un pincho de tortilla, andan con pantalón vaquero y barba desaliñada y así vistos a primer golpe parecen muy poquita cosa. Y encima en el siglo pasado no había periodistas. Entonces éste era un oficio de colmado o botillería, realizado en horas de bohemia, en los ratos libres que dejaba el trabajo del ministerio o era un menester de cesantes que alternaban la péñola con la zarzaparrilla. Cuando se promulgó la Ley de Enjuiciamiento Civil esta profesión estaba constituida por una pequeña panda de muertos de hambre, que eran pocos y mal avenidos, de modo que tampoco había que esperar que los legisladores tomaran en consideración sus asuntos. Desde entonces la cosa ha mejorado bastante. Los periodistas, hoy comen de caliente si trabajan mucho y hasta se ve alguno que viste en El Corte Inglés. Los hay incluso muy audaces y bien alimentados, que después de solucionar sus problemas de estómago, se atreven a pedir que se reconozcan legalmente sus derechos. Pero la Ley no se ha movido. Y el periodista de hoy, aunque vista un flamante terno azul marino, está desamparado en las cuatro esquinas con los calzones al aire. ■ VI-CENT.

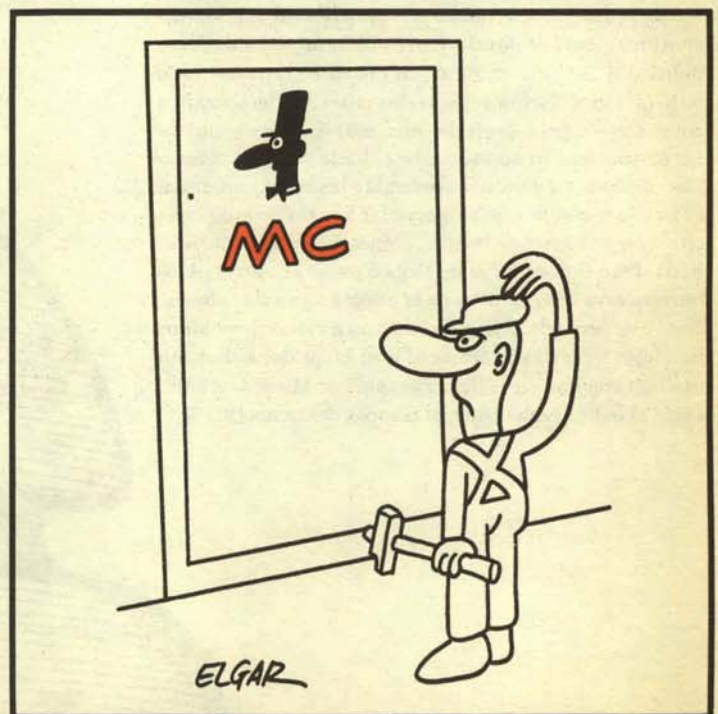


CRONICAS

El «Arriba» lo dirige ahora don Alejandro Armesto, que se afeita con philishave, y no como don Cristóbal Páez, que se afeitaba con la navaja barbera de Emilio Romero, mientras Pedro Rodríguez le hacía la manicura.

El señor Areilza, también recién afeitado, se fue a hacer la segunda campaña de credibilidad de la democracia española, que es como cuando el tío que te vende los libros a domicilio viene otra vez a colocarte el Velázquez de Camón en cómodos plazos. Me parece que el conde de Montecristo de nuestra democracia va a recibir algunos portazos en su aristocrática nariz, y en Bélgica o por ahí alguien ha dicho que ya está bien de credibilidad y que no más Velázquez ni más Camón ni más caballeros españoles de la mano al pecho. Que la mano donde tiene que estar es en la urna, votando.

Entonces es cuando surge el escándalo de los aviones y la multinacional, o sea, la Matesa de los cielos, como si dijéramos, aunque la otra Matesa, la primera, también fue bastante celestial y piadosa. Que dice



Y MODIFICADO LOS ACENTOS



PERO ES INÚTIL
LA GENTE SE
EMPEÑA EN
UTILIZAR LOS
VIEJOS VOCABLOS



PARTIDOS



EL PROTO

POSTFRANQUISTAS

que el señor Llovet quiere estrenar un segundo Tartufo, por cierto, ahora que ya no está Emilio Romero para perseguirle hasta el catre. Tampoco es cierto, en todo caso, que Fraga quiera meter juntos en la misma celda a Romero y a Llovet, aunque Fraga ha hablado de encerrar juntos a la extrema izquierda y a la extrema derecha, de cuya unión nupcial en Carabanchel puede nacer un medio centro para el Real Madrid.

Digan lo que quieran, con la caída del imperio de Romero la Organización Sindical ha perdido su pluma más vistosa, y al señor Martín Villa se le reprocha intramuros cierta abstracción hegeliana de lenguaje, aunque él es de León y por allí hablan muy llano. Parece que la oposición obrera tiene mejor toque de balón dialéctico para cantarle las verdades del barquero capitalista (barquero, que no banquero, ¡leche!) a la masa laboral y al grupo de presión. Lo que pasa es que los políticos de la transición cazan mejor que hablan y disparan mejor que preguntan, como en el Oeste. Todos andan de cacería política, como personajes de Saura. Todos tienen cara de Alfredo Mayo triunfalista y eso les quita credibilidad, por más que Areilza se empeñe el hombre. ■ UMBRAL.

EL HIATO DEL SEÑOR AREILZA

EL señor Areilza, que está de muy buen ver, soltó una retahila sustanciosa por la televisión, diciéndonos que luego de su último viaje por Europa prometiendo la democracia real para España, queda más cerca nuestro ingreso en la Comunidad Económica Europea. Pero yo propongo una cuestión de orden. El señor Areilza ha salvado el hiato entre dos tesis del Régimen sin referirse a él, y eso puede no tener importancia para quien, como yo, soy un excéptico ahora y lo era antes, pero no para los millones de españoles que se creyeron, durante muchos años, que las fuertes suspicacias de Europa hacia España no eran de ningún modo políticas. Durante años y años se sostuvo la tesis contraria, y el señor Areilza, ministro del mismo Régimen que la sostuvo vigorosamente durante tanto tiempo, no puede presentarse ante la audiencia de siempre a decir lo opuesto sin una circunstanciada disculpa. El no es el mismo ministro, pero nosotros sí somos los mismos. Más viejos, pero los mismos. O se hace responsable de la propaganda anterior y descubre la

desviación sistemática de la realidad que la tal propaganda supuso, o inventa una teoría y la encaja en la consabida razón de Estado, que por lo que se ve era el estado putrefacto de la razón, o pide perdón al respetable, o hace algo que su clara inteligencia le dicte. Cualquier cosa menos dar por evidente y largamente sabida una verdad oculta para la mayoría de los españoles. El tono del señor Areilza podría haber sido el de Kant hablando del imperativo categórico. Sin duda, todos somos kantianos. ¡Pero no lo sabíamos! En ese punto de que nunca el Régimen ha sido demócrata tiene que haber una ruptura. En ese punto, cuando menos. Porque la ruptura es preferible a la incoherencia. Y el señor Areilza, al no deshacerse en explicaciones en nombre del Régimen, estaba perpetrando una incoherencia. Hay que seguir el ejemplo de la Iglesia, que, cuando cambió de actitud respecto al Régimen, entonó documentalmente el mea culpa. Y no se le cayeron los anillos por eso. ¡Y menudo peso que se quitó de encima! ■ LICANTROPO.

